ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA MAS PRECIADA

RIQUEZA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO FLORES GARCÍA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

PNT-XIX-1297(7)

1800

LA MÁS PRECIADA RIQUEZA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El 11 de Diciembre, comedia en un acto y en vers.
El 1.° de Enero, drama en un acto, id.
Escuela de amor, juguete cómico en id., id.
Ingratitudes de un rey, monólogo en id.
Quien piensa mal... juguete cómico id., id.
La cuerda sensible, id., id., id.
La más preciada riqueza, comedia en id., id.

El esclavo blanco, poema.
Cuentos y novelas.—Un tomo.
Una página de la guerra.—Un tomo.
En prensa.—Aromas y colores.—Coleccion de poesías.

21 cms
R-9081

LA MÁS PRECIADA RIQUEZA.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO FLORES GARCIA.

Representada por primera vez, con gran aplauso, en el Teatro MARTIN de esta capital la noche del 26 de Marzo de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
ESPERANZA (1).....	Srta. D.ª Cármen Valero.
LUCIANO.....	Sr. D. Enrique Costa.
DON BALDOMERO.....	» » Pascual Alba.
ROMAN.....	» » José María Berenguer.
DON NAZARIO.....	» » Salustiano Muñoz.
UN CRIADO.....	» » N. N.

La accion en Madrid, época actual.

---

(1) Desde la segunda representacion se encargó de este papel la Señorita Doña Concepcion Grajales, por haber terminado su contrato la Señorita Valero.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL ILUSTRE PROSCRIPTO

EXCMO. SR. D. NICOLÁS SALMERON Y ALONSO.

Mi respetable amigo: Hace mucho tiempo deseo dedicar á usted una obra mia, pareciéndome todas indignas de tan señalada honra; más como estoy persuadido de que mis escasas fuerzas intelectuales nunca me permitirán ofrecer á usted cosa digna de su nombre, ruégole que acepte la dedicatoria de esta pobre comedia, no como presente literario, sino como recuerdo cariñoso de admiracion y de respeto al elocuente orador, al ilustre filósofo y al gran estadista que es á la vez gloria y esperanza de la patria.

B. S. M.

El Autor.

ACTO UNICO.

Gabinete lujosamente amueblado. Á la izquierda, en primer término, una mesa velador, y á la derecha una mesa de despacho sobre la cual aparecen un timbre, libros de caja y multitud de papeles. Una puerta á la izquierda en primer término y otra á la derecha en segundo. Al correrse el telon aparecen: D. BALDOMERO hojeando unos papeles de la mesa, y ESPERANZA leyendo un libro junto al velador.

ESCENA PRIMERA.

ESPERANZA y D. BALDOMERO.

ESP. Siempre á su afan entregado!
El cálculo y el negocio
llenan toda su existencia.
BALD. Lo que es esta vez respondo
del éxtio. Mi fortuna
doblaré dentro de poco,
y entónces podré moverme
como en mi elemento propio,
en esa region dorada,
en ese mundo ostentoso
del poder y la influencia,
á donde llegaron otros
quizá con ménos motivo.
Los apuros del Tesoro
son mayores cada dia

y cada vez es más corto
el plazo que la fortuna
ofrece al que presuroso,
con dinero y con audacia,
intenta elevarse.—Pronto...
—Nada, prestando al gobierno
á un interés ventajoso...

ESP. ¿Papá? (Llamando.)

BALD. (Sin apercibirse y mirando un papel.)
No falla mi cálculo.

ESP. ¿Papá?

BALD. Yo no me equivoco.
(Mirando su reló.)
¡Qué lentas pasan las horas!

ESP. (Acercándose á D. Baldomero.)
Pero ¿te has quedado sordo?

BALD. (Sin levantarse.)
¿Estabas aquí ,hija mia?

ESP. Há muchos meses que noto
en tu semblante las huellas
del malestar, del insomnio,
y acaso es porque trabajas
demasiado.

BALD. (Hablando consigo mismo.)
Si los fondos
suben en el mismo dia
y coincide...—¡Qué negocio!

ESP. ¿Por qué ese contínuo afan
y ese vivir angustioso
para aumentar tu fortuna,
si ya somos poderosos?
¡No disfrutas de la vida
y siempre estás en un potro,
á merced de los azares!

BALD. (Levantándose y haciendo esfuerzos por disimular su mal humor.)
¿Qué quieres? ¡Lo tienes todo!
¿Acaso no eres feliz?
Trajes de los más costosos
y joyas de las más ricas
á tu hermosura de adorno
sirven, y estás halagada

en los centros del buen tono,
donde... siendo tú tan bella,
merece mayor encomio
nuestro vasto capital;
¡y eso que no está del todo
realizada mi fortuna!
¿Qué le falta á tus antojos?
Bailes, *soirés*, recepciones,
trenes, paseos, abono
en el Real, en la Zarzuela,
en los Bufos, en los toros!...
—Y por cierto que tu tia
se queja ya sin rebozo
del aislamiento en que vives,
pudiendo gozar de todos
los placeres.—¡Tu carácter
es de lo más estrambótico!

ESP. Me asusta la confusion
de ese mundo fastuoso
en donde tanto se habla,
donde se siente tan poco,
y donde en una sonrisa
suele envolverse el oprobio.
Todo ese lujo me sobra.
Para ser feliz tan sólo
deseo la paz, la calma!

BALD. Ya pensarás de otro modo
cuando te cases.

ESP. ¡Papá!...

BALD. Y á propósito: tu novio
quiere casarse en seguida.

ESP. Pero ¿insistes?...

BALD. ¡Qué demonio!
no insisto, si está acordado.
Roman es un hombre probo,
jóven, listo, perspicaz,
lleva parte en mis negocios...

ESP. ¡Pero si yo no le amo!

BALD. No hace falta. El matrimonio
sin amor es más tranquilo.

ESP. ¡Señor!

BALD. Más respetuoso:

y sobre todo está fuera
de esos dramas cuyo encono
de celos, reconvenciones
y escándalos, es notorio
que perturban la existencia...
y es género empalagoso.
El casamiento, hija mia,
como todos los negocios
de la sociedad, reclama
tino, cálculo y aplomo:
es decir, juicio, razon,
y el sentimiento es tan loco,
que sólo para enfrenarlo
existen los manicomios.

ESP. (Despues de una breve pausa.)
Dí, papá, cuando á mi madre
te uniste por santos votos,
¿estabas enamorado,
ó simplemente anheloso
de hacer una operacion
en el mundo del negocio?

BALD. (¡Qué pregunta!) Te... diré...
—Yo... la quería!—Eran otros
los tiempos. El siglo marcha!...

ESP. Por senderos peligrosos
si marcha á la negacion.
—Pero, volviendo á nosotros,
¿cómo quieres que á Roman
acepte yo por esposo
estando vivo Luciano?

BALD. ¿Luciano?

ESP. ¿Por qué ese asombro?
Tu palabra está empeñada.

BALD. Mi compromiso está roto
desde el punto en que ese chico
quedó pobre.—¡Los negocios
juegan con las criaturas
del modo más caprichoso!

ESP. ¡Acuérdate que á su padre!...

BALD. Sí, sí, lo recuerdo todo,
no hay necesidad...—Estaba
concertado el matrimonio;

pero se murió don Lucas
sin saber por qué ni cómo,
y Luciano se arruinó.
—¡Vamos! sería chistoso
que el fruto de mis afanes!...
—¡Tú tienes el juicio romo!

ESCENA II.

DICHOS, ROMAN, primera puerta de la izquierda.

ROMAN. (Buena ocasion.)
BALD. (Á ROMAN.) ¿Ese giro?...
ROMAN. Señor, lo están concluyendo.
—¡Adios, Esperanza mia!
ESP. Adios, Roman.
BALD. ¿Y el correo?
Hoy tarda mucho, ¿no sabes
la causa?
ROMAN. En este momento
he recibido un telégrama
anunciándome...
BALD. ¡Habla presto!
(Esperanza vuelve á sentarse junto al velador.)
ROMAN. Que han destrozado la vía
unos cuantos bandoleros,
y que el tren arribará
con retraso.
BALD. ¡Es un consuelo
seguir en esta nacion
la carrera del comercio!
¡Cuando no hay guerra hay ladrones!
¡Qué país... y qué gobierno!
ROMAN. ¿Le ha dicho usted á Esperanza?...
BALD. Algo hemos hablado de eso;
pero no te preocupes
ni lo tomes tan á pecho.
Eso se arregla muy pronto.
Asuntos algo más serios
reclaman nuestra atencion.
Te casarás, pero hablemos...
(Se sientan los dos junto á la mesa de despacho.)

ESP. (Soltando el libro.)
¡Y á eso le llaman vivir!
Vivir... y no tienen tiempo
ni para pensar que viven,
y sólo late en su pecho
la pasion del egoismo,
la locura del deseo...
y entre números y cálculos
apagan todo su fuego!

BALD. ¿Conque lo comprendes?

ROMAN. Sí.
El plan es bueno.

BALD. ¡Es soberbio!

ESP. Señor!... (Levantándose.)

BALD. ¿Te vas?

ROMAN. (Al oido á Esperanza.) Dos palabras.
(D. Baldomero vuelve á sus papeles.)

ESP. Dispense usted, caballero...
(Intentando alejarse.)

ROMAN. Su padre de usted me ha dicho...

ESP. El amor es sentimiento
algo reñido con ese
carácter grave, severo
que le adorna, y no me explico
tan inusitado empeño
por cosa tan baladí.
El negocio es lo primero!
(Váse segunda puerta derecha.)

ROMAN. (¡El negocio. Tú lo has dicho,
y eres un negocio bueno.)

ESCENA III.

D. BALDOMERO y ROMAN.

BALD. (Levantándose y mostrando un papel á Roman.)
Tengo toda mi esperanza
puesta en esta operacion.

ROMAN. ¡Qué tino! ¡Qué inspiracion!
Usted sin miedo se lanza
á luchar con la fortuna
y la rinde á su albedrío.

BALD. La fortuna, amigo mio,
es una diosa importuna
que sólo llega á vencer
de este mundo en la porfía
el valor ó la osadía.
¡Como que al cabo es mujer!

ROMAN. ¡Oh, sin embargo, usted sabe
llevar muy bien el negocio!

BALD. Es que no conozco el ocio:
ahí tienos toda la clave.
Como trabajo á destajo
con verdadero ardimiento,
se nota á cada momento
el fruto de mi trabajo.

ROMAN. Esa no es una razon.
¡Cuántos que mucho trabajan
por llegar á arriba bajan
hasta el último escalon!

BALD. No niego que la pericia
es faro que nos advierte
dónde se encuentra la suerte.

ROMAN. Eso es hablar en justicia.
Fuerza es que el númen ejerza
poder sobrenatural:
lo otro fuera el ideal
increible de la fuerza.

BALD. Tú hablas así con derecho:
al frente de mi despacho...

ROMAN. ¡Señor!...

BALD. Eres un muchacho
de porvenir, de provecho.

ROMAN. Y usted dice que Esperanza?.

BALD. ¡Vuelta á la misma manía!
Hombre, hasta que llegue el dia
déjame, ten confianza!

ROMAN. Es que ella me ha demostrado
cierto desden, y yo aspiro...

BALD. Conque dices que ese giro
está casi terminado?

ROMAN. Me sería muy sensible...

BALD. ¿Cuántas letras á la vista?

ROMAN. ¡Veinte! (¡No hay quien lo resista!)

BALD. (¡Es un negocio increible!)

ESCENA IV.

DICHOS, LUCIANO, fondo derecha.

LUC. Don Baldomero! Roman!
ROMAN. Adios, insigne abogado.
LUC. (Á Baldomero.)
¿Habló usted?...
BALD. ¡Se me ha olvidado!
LUC. Lo siento, las cosas van
muy bien, y si usted inicia
y su influencia se siente...
BALD. Hombre, ayer, precisamente,
estuve en Gracia y Justicia,
pero el ministro, ocupado...
LUC. Si usted mide mi deseo!...
ROMAN. (Ya solicita un empleo;
está del todo tronado.)
Conque aspiras?...
LUC. (Adivino
lo que este piensa de mí.)
Sí, Roman, y vengo aquí...
ROMAN. Pues nada, tendrás destino.
BALD. ¿Qué es lo que dices?
ROMAN. (Á Luciano.) Infiero
que lograrás tu interés,
si lo de obtenerlo es
cosa de don Baldomero.
LUC. ¡Y estando tú interesado!...
(Mal mi repugnancia oculto.)
¡Yo sólo pido el indulto
para un reo desgraciado!
ROMAN. ¡Ah?—Chico, yo suponía...
—No era el caso de extrañar.
LUC. Pues... no ha querido llegar
ese caso todavía.
Sólo quiero del poder
justicia, bondad, clemencia,
y aquí es cuestion de influencia
hasta cumplir un deber!

ROMAN. Vamos, me has cogido en falso.
BALD. ¡Te metes á interpretar!...
LUC. Tan sólo quiero arrancar
una víctima al cadalso.
Quiero salvar esa grey
que entre las tinieblas gime,
que el hombre no se redime
con el crímen de la ley.
Crimen horrible, infernal,
que al matar al matador,
barrena el legislador
la santa ley natural!
ROMAN. Generoso, extraordinario
es tu deseo, mas digo
que ese tremendo castigo
es hoy un mal necesario.
LUC. ¿Por qué hablais de ilustracion
y de caridad hablais,
si la justicia manchais
con el más negro borron?
El que perdona un delito
cumple una ley inmutable.
ROMAN. El que castiga al culpable
cumple un precepto bendito.
(D. Baldomero se sienta á escribir.)
LUC. Tu aberracion es fatal.
ROMAN. La sociedad, el Estado!...
LUC. Digo que estás ofuscado.
¡El mal, sólo engendra el mal!
ROMAN. Tu generoso deseo
á la impunidad alienta.
LUC. Y tu rigor acrecienta
la fiera saña del reo.
Dios, en sus altos arcanos,
condena tan vil encono,
diciendo, desde su trono,
que todos somos hermanos.
Jesucristo la crueldad
de sus contrarios perdona:
¡su ensangrentada corona
redime á la humanidad!
ROMAN. Continúa la deshecha

tormenta, sigue el error!...
y... aunque vino el Redentor
la redencion no está hecha.
Si esa frase que acaricia
tu imaginacion galana
al bueno y al malo hermana,
¿qué es entónces la justicia?

LUC. Escudo que nos defiende
contra la torpe maldad,
luz de eterna claridad
que todas las sombras hiende!
Del triste dulce esperanza;
del desvalido sosten;
vivo reflejo del bien;
¡pero nunca la venganza!
Y al imponer esa pena
terrible, al asesinar...
agrava en vez de sanar
la enfermedad que condena!
Vuestra cultura es el yugo
de la imposicion más dura,
¡y escribís vuestra cultura
en la frente del verdugo!
—¡Perdonar!...—Nace el perdon
de la caridad bendita,
y en la caridad palpita
la idea de redencion;
inmortal soplo divino
que eleva á la criatura!
¡única luz que fulgura
en la noche del destino!
Férvido arrepentimiento
conduce á la salvacion,
y es en tal caso el perdon
el más noble sentimiento!

ROMAN. (Con energía.) ¿Quién ¡insensato! predice,
cuando alguno se arrepiente,
si al fin dice lo que siente,
ó si siente lo que dice?
Llegas hasta el sacrificio!
perdonas... y tu tormento
ve que el arrepentimiento

era una tregua del vicio!
—¡Perdonar!—Esa es la esencia
del bien. ¡Grato es perdonar!
Mas ¿quién puede penetrar
el fondo de la conciencia?

LUC. Siempre del absurdo en pos
llegas á estas conclusiones.
¿Quieres ver las intenciones?
Hombre, ¿qué dejas á Dios?
De santa verdad al grito
despierta tu alma dormida.
¿Quién dispone de una vida
que viene de lo infinito?
Ese *homicidio legal*,
¿qué mision llega á cumplir
si pretende destruir
aquello que es inmortal?

BALD. Yo reconozco que en esto
tiene razon.

ROMAN. Á fé mia
tiene razon... en teoría.

LUC. Esperaba ese pretexto.
Es el pretexto que invoca
esta vieja sociedad,
que teme la tempestad
y la tempestad provoca.

BALD. (Levantándose con un pliego en la mano y tocando el timbre.)
Me has convencido y deseo
servirte en esta ocasion.
Aquí demando el perdon
que pides para ese reo.
(Á un criado que aparece en el fondo.)
Este pliego á su destino.
(Váse el criado con el pliego.)

LUC. ¡Gracias!

BALD. (Pche! No cuesta nada,
y al fin la vida es sagrada.)

ROMAN. (Qué complaciente! No atino...)
(Luciano mira por la segunda puerta de la derecha.

BALD. (Bajo á Roman.) Yo no quiero un rompimiento
¡Es su suerte muy cruel!

Quédate á solas con él
y dile mi pensamiento.
Dile de cierta manera
que á él le toca renunciar,
y que no debe aspirar
á moverse en nuestra esfera.
(Alto á Luciano.) Luciano, con tu permiso
voy al despacho un instante.
(Volviendo á mirar el reló.)
(¿Y el correo!...—Es devorante
esta impaciencia!)
(Váse primera puerta izquierda.)

ROMAN. (Encogiéndose de hombros.) (Él lo quiso.)

ESCENA V.

LUCIANO y ROMAN.

ROMAN. (Á la verdad que no sé
cómo llegar al objeto.)
LUC. (Se queda. ¡Yo que quería
hablar á Esperanza!)
ROMAN. Creo
que no estarás ofendido.
LUC. No! Qué he de estarlo!
ROMAN. Sabiendo
lo apurado que te encuentras...
LUC. Dijiste: «Quiere un empleo.»
¡Es natural! Pero chico,
te engañaste por completo,
que soy muy rico, á Dios gracias.
ROMAN. Tu excelente humor celebro.
Si no tienes ¡infeliz!
sobre qué caerte muerto!
LUC. ¿Infeliz? Sinceramente,
buen Roman, te compadezco.
¡Triste de aquel que su dicha
funda solo en el dinero!
ROMAN. ¡Bah!
LUC. Tú eres un rico pobre.
Tienes el corazon seco.
Esclavo de una pasion

egoista, de un deseo
que habla solo á tus sentidos,
no comprendes el misterio,
el indecible placer,
las dichas del pensamiento
al desligarnos del polvo
de aqueste mezquino suelo
para que el alma, en la altura,
al dilatarse en el beso
del amor de Dios, penetre
en el eternal consuelo!

ROMAN. Chico, palabras, palabras!
No pagarás al casero,
ni al sastre, ni al prestamista
con todos esos floreos
de esperanzas é ilusiones
que rellenan tu cerebro.
Y ¡nada! por más que intentes
elevar tu *raudo* vuelo,
estás pegado á la tierra,
al *barro vil*, y sujeto
á todas las imperiosas
necesidades del cuerpo
y á todas sus sensaciones!
Tienes frio en el invierno
y calor en el verano,
y hambre... y sed... y ya sabemos
que el placer inestimable
de llenar esos deseos
está... en el placer sublime
de tener mucho dinero.
Con esas bellas ideas
no estarás muy satisfecho
al verte pobre, arruinado,
y reducido al extremo
de vivir en pobre casa,
en miserable aposento,
de donde huye la salud
dejando entrada á los ecos
de un placer que tú conoces
y que está de tí muy lejos!

LUC. Desde mi pobre escritorio,

que á más de pobre es estrecho,
y á más de estrecho interior,
y á más de interior molesto...
tengo la inmensa fortuna
de ver el azul del cielo!
Y en esas horas amargas
en que comprimido el pecho,
por el cristal del dolor
aparece todo negro,
hasta la celeste altura
se eleva mi pensamiento
en alas de la esperanza,
y el santo vigor renuevo
para seguir de la vida
el escabroso sendero,
ya con pie firme y seguro,
ya tropezando y cayendo,
hasta cumplir del destino
los inmutables decretos!

—

Si es verdad que Dios existe—
¡y por fuerza debe serlo,
porque álguien dicta las leyes
que rigen el universo
y álguien sacó de la nada
en el instante primero
esos mundos y esos soles
que giran en torno nuestro;
si como causa suprema
y sólido fundamento
de todo lo que se agita
en el espacio y el tiempo,
sobre la cumbre se asienta
del sumo saber, rigiendo
las humanas sociedades
por los principios eternos
del amor y la justicia;
si es Dios el Dios que presiento...
¡no me importan de este mundo
los crueles sufrimientos,
ni ver la maldad triunfante
á la virtud sucumbiendo,

perseguida la inocencia,
la moral en el desprecio,
la justicia escarnecida,
la fuerza sobre el derecho,
y sobre la fuerza el crímen,
y sobre el crímen el cieno!
que esas son enfermedades
y trastornos pasajeros
que envilecen á los hombres
y perturban á los pueblos
que en el placer material
entierran sus sentimientos!!

—

El cielo que yo diviso
desde mi pobre aposento,
¡hermoso cielo sin nubes!
diáfano como el risueño
cristal del lago apacible
tendido sobre el desierto,
¡es la conciencia de Dios!
¡su imágen viva! ¡el espejo
que refleja lo infinito
y reproduce lo inmenso
entre las puras facetas
que son los rayos del genio
flotando por el vacío,
fundiéndose en el misterio!
—Ese cielo... y ese Dios...
y esta esperanza que aliento,
¡mi espíritu regocijan!
¡mantienen la fe en mi pecho,
y soy rico, poderoso!
y no estriba mi sosiego
en una letra de cambio,
ni en uno de esos siniestros
preparados ó imprevistos!
¡que el caudal que yo poseo
está ¡por el mismo Dios!
asegurado de incendios!!

ROMAN. Me ratifico en lo dicho:
Luciano, has perdido el seso.
Ninguna de esas ideas

se cotiza á ningun precio;
la mejor, la más sublime
no se tasa en cinco céntimos.
Te declaro francamente
que es de admirar ese fuego;
mas... caliéntate con él
cuando en el helado invierno
está la temperatura
á ocho grados bajo cero.
Y por fin para probarte
la verdad, vaya un ejemplo:
Hace un año, aún eras rico,
y entónces don Baldomero,
mi principal, y tu padre,
trataron tu casamiento
con Esperanza.

LUC. (Agitado.) Y ¿qué?

ROMAN. ¿Qué?
¡Nada! Que al cambiar los tiempos,
él se arrepiente... y te quedas
por puertas. ¡No es más que eso!

LUC. ¡Es imposible!

ROMAN. ¿Imposible?
¡Já! já! já! Nada más cierto.
Poseo yo un capital
tangible, palpable!...

LUC. (¡Cielos!)

ROMAN. Y entre tu caudal y el mio
prefiere don Baldomero
á tus bellas ilusiones
mis bien acuñados pesos.
Soy tu antítesis, querido.
Tú sueñas hasta despierto
y yo durmiendo calculo.
Llevo aquí un tanto por ciento
que, aunque corto, me asegura
regulares rendimientos,
y á más, por mi sola cuenta
de tal suerte me manejo,
que tengo una posicion
independiente. Comercio
en buena escala. Ahora mismo,

sin contar lo que aquí tengo,
en una casa de Lóndres
de mucho prestigio, espero,
si cuaja cierto negocio,
tener un millon lo ménos.

LUC. ¿Lo que me has dicho, Roman?...

ROMAN. Es indudable: no quiero
agravar tu situacion,
pero habías de saberlo ..

LUC. ¡Esperanza no te quiere!

ROMAN. Ya me querrá con el tiempo.

LUC. ¡Su corazon solo es mio!

ROMAN. Pero no tienes dinero.

LUC. ¡Vas á hacerla desgraciada!

ROMAN. Lo sentiré. ¡Qué remedio!

LUC. ¡Tú! ¿Mi amigo?...

ROMAN. La amistad
no tiene que ver con eso.
Chico, la amistad á un lado,
y el negocio...

LUC. ¡Te desprecio!

BALD. (Dentro.) Roman! Roman!

ROMAN. Adios.

LUC. ¡Mira!
¡Si no cejas en tu empeño!...

ROMAN. ¿Un desafío? ¡Infeliz!
Cuando arriesgues lo que arriesgo
al jugar la vida, ven
y entónces nos batiremos.
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

LUCIANO.

Casi no quiero creer!...
—Y ¿por qué no, si iracundo
de la riqueza el poder
empuja, al que ve caer,
hasta el abismo profundo?
Yo te mando, corazon,
que la esperanza recobres!

Pero... ¡insensata ilusion!
es muy poco á su ambicion
un abogado de pobres!
¡Por ella, sólo por ella
á mi familia escribí
presintiendo esta querella;
pero al nublarse mi estrella
nadie se acuerda de mí!
Mas... no! Mi tio...—¡Imposible!—
Tan bueno, tan generoso
y tan rico, no es creible...
—Mi situacion es horrible
y su silencio angustioso.
—No sé qué fulgor extraño
mi pensamiento ilumina,
que estoy tocando mi daño
y en mi razon no domina
la idea de un desengaño.

ESCENA VII.

LUCIANO y ESPERANZA.

ESP. ¡Al fin!
LUC. Mi bien, mi Esperanza,
mi consuelo!
ESP. ¡Mi Luciano!
LUC. En tí no existe mudanza.
Lo dice el rayo que lanza
ese mirar sobrehumano.
ESP. ¿Cómo? ¿Sabes?...
LUC. Sí, Roman...
ESP. ¿El mismo Roman te ha dicho?...
LUC. Sabe mi doliente afan
que á sacrificarte van
la vanidad ó el capricho.
ESP. Debo absoluta obediencia
á mi padre que va en pos
de equivocada creencia;
¡mas yo tengo una conciencia
que no es mia, que es de Dios!
Por Dios y mi alma te juro

que toda su ceguedad
vendrá á estrellarse en el muro
de mi firme voluntad
donde vive tu amor puro.
—¿No es libre mi pensamiento?—

LUC. Como el vuelo de las aves
y los suspiros del viento;
como el pez que en su elemento
gira en círculos suaves.

ESP. Llorando la obstinacion
en que vive el padre mio,
te guardo en mi corazon
el fuego de la pasion
que domina mi albedrío.

LUC. ¿Qué misteriosa armonía
y qué inexplicable encanto
hay en tu voz, vida mia,
que huye mi pena sombría
y trueco en risa mi llanto?

ESP. Mi padre desistirá
cuando mire mi amargura.
¡Ten valor!

LUC. Le tengo ya.
Contigo, contigo va
la estrella de mi ventura!
¡Tu padre!—Su misma mano
mandó la promesa escrita
á mi pobre padre anciano!
—¡Padre mio!—Voy ufano
por esa carta bendita!

ESP. ¡Sí!

LUC. Tu padre, reflexivo,
enmendará el desacierto
al ver ese texto vivo!

ESP. ¿Lo crees?

LUC. Sí. ¡No concibo
que quiera engañar á un mue

(Besa la mano á Esperanza y se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

ESPERANZA.

Me infunde Luciano
tan pura alegría
y hay en su mirada,
de amor encendida,
tantas ilusiones
y tantas delicias,
que mi mente inquieta
en su ser anida
y á través del cielo
de mi fantasía,
la vida concibe
tan solo en su vida.

—

¿Qué hay en su mirada
ya amante, ya esquiva,
ya triste, ya alegre,
que siempre domina
tocando del alma
las ocultas fibras?
Mi amor! mi Luciano!...
siempre que me miras
prendes en mi pecho
una llama viva,
y en ella se abrasa
el alma rendida
al mágico encanto
de la poesía
que vierte á raudales
tu negra pupila!

—

Pretenden.—¡Son ciegos! —
causar mi desdicha
cortando la senda
por donde me guía
de oculto destino
la fuerza impulsiva.
¿Quién apaga el astro

que en el cielo brilla,
ni al rio abundoso
que corre entre guijas,
fecundando el suelo,
contener podría?

—

Mi amor! mi Luciano!
mi gloria! mi vida!...
ten en tu Esperanza
la fe decisiva
que eleva el espíritu
á Dios que nos mira,
y en Dios se confunde
y sólo en Dios fia!

(Váse puerta segunda derecha.)

ESCENA IX.

D. BALDOMERO y ROMAN, primera puerta izquierda.

BALD. (Con papeles en la mano.)
Lo verás, no cabe duda;
fíjate bien; si penetras
(Le da un papel.)
mi pensamiento y opinas
que es aceptable la idea,
te doy parte en el negocio.

ROMAN. (Examinando el papel.)
La cosa está muy bien hecha,
mejor dicho, bien pensada,
pero es difícil la empresa.
(Mi plan es otro por hoy.)
Ya hablaremos.

BALD. (Sentándose á la mesa.) ¡Como quieras!

ROMAN. (En el negocio de Lóndres
está mi esperanza puesta...
y en la dote de esa chica
que al fin su padre me entrega.
¡Si realizo esta jugada!...)

BALD. (¡Qué plan!—El que nada arriesga
no será nada en su vida.)

ROMAN. Don Baldomero!...
BALD. Al fin, ¿entras
ó no entras en el negocio?
ROMAN. Ya hablaremos.—Lo que anhela
por hoy mi amoroso afan
es que Esperanza...
BALD. ¡Qué tema
has tomado hace unos dias!
¿Has perdido la cabeza?
Tenemos otros asuntos
más importantes!—Ya cuentas
con mi palabra: en pasando
cuatro semanas siquiera,
que es el tiempo indispensable
para realizar mi empresa,
arreglaremos la dote,
pero en tanto, ten paciencia!

ESCENA X.

DICHOS, un CRIADO, por el fondo, con dos paquetes de cartas y periódicos que entrega respectivamente á D. Baldomero y á Roman, sentándose el primero á la mesa de despacho y el segundo junto al velador.

CRIADO. El correo. De llegar
acaba.
BALD. ¡Cuánto ha tardado!
ROMAN. ¡Gracias que al fin ha llegado!
(Váse el criado.)
BALD. (Leyendo sobres.)
«Barcelona, Gibraltar.»
¡Qué impaciencia!—Lo primero...
«Bruselas, Roma, Berlin,
«París!»—¡Llegaron al fin!
(Rompe el sobre de dos cartas.)
ROMAN. «¡Lóndres!»—Esta es la que quiero!
(Breve pausa.)
BALD. (Con angustia.) ¡Dios mio, qué perdicion!
ROMAN. (Con alegría.)

Mi sueño está realizado!

BALD. ¡Me encuentro casi arruinado!

ROMAN. ¡Ya tengo más de un millon!
—¡Ah, señor! Si usted supiera!...

BALD. ¡Si tú supieras, Roman!...

ROMAN. ¡Dios ha premiado mi afan!

BALD. ¡Dios causa mi pena fiera!

ROMAN. (Dándose cuenta de la desesperacion de D. Baldomero y levantándose.
¿Pena, señor? ¿Qué ha pasado?

BALD. ¡Es muy grave lo que pasa!
(Mostrándole una carta.)
Mira, ha quebrado la casa
de París y me ha arruinado...
ó poco ménos!

ROMAN. (¡Qué gente!)

BALD. ¡Oh!...

ROMAN. (¡Torpeza, imprevision!)

BALD. (Mostrándole otra carta.)
¡Tambien en quiebra *La Union*!
¡Qué desastre, de repente!...

ROMAN. (Con fria desesperacion.)
(¡Lo ménos quince mil duros!...
—Mientras gano por un lado...)

BALD. (Como iluminado por una idea repentina.)
(Pero Roman ha ganado
y me sacará de apuros.)
¿Qué tal tus noticias?

ROMAN. (Dándole una carta.) Buenas.

BALD. Con efecto, buenas son.
Sólo en esta operacion...
(No son tan graves mis penas.)
(Pausa brevísima.)

ROMAN. Conque hemos perdido?...

BALD. ¡Mucho!
Un golpe horrible, fatal.
¡Casi todo mi caudal!
¡Siete millones!...

ROMAN. (¿Qué escucho?)

BALD. En este lance tremendo
sólo atenúan mis males
tus ganancias colosales.

ROMAN. (Con extrañeza.)
Y ¿por qué? No lo comprendo.
Las noticias que recibo,
se refieren...
BALD. Ya lo sé:
á tus asuntos.
ROMAN. (Con calma.) Y ¿qué?
No sé explicar...
BALD. ¡Por Dios vivo!
Como ya te considero
de la familia, concilia...
ROMAN. (Con gravedad.) Una cosa es la familia,
y otra cosa es el dinero.
BALD. ¡¡Roman!!
ROMAN. ¡Señor!
BALD. Anhelante
has pretendido que al punto...
ROMAN. Dejemos ahora ese asunto:
hay otro más inportante.
BALD. Roman!... Roman!...
ROMAN. Hablaremos...
BALD. Si fueron tus ánsias vanas!...
ROMAN. Dentro de cuatro semanas
me ha dicho usted que podremos...
BALD. (¡Oh! Si Roman se arrepiente,
no hay para mí salvacion!)
ROMAN. (Sentándose.) (Esto exige reflexion:
pensemos maduramente.)
BALD. (Ap. y mirando á Roman.)
(No se concibe á sus años
tan absorbente egoismo.
De qué me quejo? Yo mismo
fabriqué mis desengaños!
Yo sequé su corazon
y hoy toco la consecuencia.
Esa fria indiferencia
es mi justa expiacion.
(Vuelve á repasar las cartas.)
Adios, locas ambiciones!
Pero ¿qué es esto? ¿Qué miro?)
ROMAN. ¡Señor!
BALD. ¡Me anuncian un giro!

¡¡Un giro de dos millones!!...

ROMAN. Pues señor, se va la suerte.

BALD. ¡Qué horrible fatalidad!
¡Ya ruge la tempestad!

ROMAN. Y de una manera fuerte.

BALD. Tiende la vista al pasado;
mira lo que hice por tí,
y recuerda que sin mí...

ROMAN. Lo recuerdo de buen grado.

BALD. ¿Qué hacemos?

ROMAN. No sé, señor.
Eso usted lo habrá de ver.

BALD. (Despues de un esfuerzo sobre sí mismo.)
No podemos atender
el giro sin tu favor.
Los restos de mi fortuna
y la tuya...

ROMAN. Con la mia
no cuente usted en el dia.

BALD. ¡Todo contra mí se aduna!
La ingratitud que en tí noto
á la memoria me trae...

ROMAN. Desde el punto en que usted cae,
mi compromiso está roto.

BALD. ¡Ya me dice mi conciencia
que no se delinque en vano!
¡Siento sobre mí la mano
de la justa Providencia!

ROMAN. El resignarse es forzoso.
Estas negras desventuras
juegan con las criaturas
del modo más caprichoso!...

BALD. (Volviendo á mirar la carta.)
¡Un giro de dos millones!
Dos millones... ¡á seis dias!
—Que tú me abandonarías
no creí...

ROMAN. Tengo razones.

ESCENA XI.

DICHOS, NAZARIO.

NAZ. ¿Don Baldomero Espinosa?
BALD. Servidor!... (¿Qué es lo que siento?)
NAZ. Estas letras...
ROMAN. (¡Qué momento!)
BALD. (Situacion más espantosa!)
Dispense usted... un instante...
Siéntese... (Llevándose aparte á Roman.)
Roman!... Roman!...
ROMAN. (Bajo á D. Baldomero.)
No puedo calmar su afan,
aunque lo siento bastante.
NAZ. (Parece que mi venida
causa aquí cierto trastorno.)
BALD. ¡Sálvame de este bochorno! (Á Roman.)
NAZ. (La cosa está comprendida.
Bien quisiera equivocarme,
pues me afectaría el caso;
pero preveo un fracaso.)
BALD. (Á Nazario.) Usté... habrá... de dispensarme...
pero un... suceso... imprevisto...
—El giro... sí, sí, es corriente;
mas hoy no puedo hacer frente...
NAZ. ¿Cómo, señor? ¡Por lo visto...
BALD. Fije usted el interés
que le parezca oportuno
y déme un plazo.
NAZ. Ninguno;
no puedo.
BALD. ¡Siquiera un mes!
NAZ. Si yo residiese aquí
fácil me fuera; mas soy
extranjero, y solo voy
de paso; no siendo así,
pudiendo yo disponer
del tiempo, con garantía
acaso le esperaría;
mas esto no puede ser:

el importe de este giro,
señor, no me pertenece,
y es forzoso...

BALD. (¡Me estremece!)
¡Déjeme usted un respiro
siquiera de quince dias!

NAZ. Es imposible; yo en esto...
—Se levantará el protexto.

BALD. (Á Roman.) ¡Ay! ¿No ves mis agonías?
(Roman se encoge de hombros y le vuelve la espalda. Baldomero y Nazario hablan bajo.)

ESCENA XII.

DICHOS y LUCIANO, que dice la primera redondilla en la puerta del fondo.

LUC. (Abordaré la cuestion,
y si en su pecho palpita...
—Mas ¿qué veo? Una visita.
Callaré, no es ocasion.)
(Roman coge de la mano á Luciano, baja con él hasta el proscenio y le dice con punzante ironía:)

ROMAN. Aquí tu estilo galano
nos puede servir de mucho.
¡Hay un conflicto!

LUC. (¿Qué escucho?)

ROMAN. Un gran conflicto, Luciano!
Si tu... *riqueza* le ampara,
se salva don Baldomero.
(Á Nazario.) Permita usted, caballero:
(Presentando á Luciano.)
don Luciano de Vergara;
hombre de alta posicion
y de trato angelical.
Tiene un vasto capital...
allá... (en la imaginacion).

NAZ. (Sorprendido.) ¿Vergara? ¿Será posible?...
¡Oh! ¡Qué extraña coincidencia!
¡Don Luciano!...

BALD. (¡Qué impaciencia!)

ROMAN. (¡Esto parece increible!)

NAZ. Arribé anoche cansado
y pensaba visitarle
cuando pudiera anunciarle...
—Mas habiéndole encontrado,
esta carta le dirá
quién soy, mi mision, y fio...
LUC. ¡Es la letra de mi tio!
NAZ. ¡Sí!
BALD. (¿Qué será?)
ROMAN. (¿Qué será?)
LUC. (Leyendo.) «Lima, catorce de julio de mil »ochocientos setenta y siete. Mi querido »Luciano. Dispensa mi excesiva tardanza »en contestarte: no he querido hacerlo, »aunque recibí la tuya oportunamente, has»ta terminar un negocio que ha triplicado »mi fortuna, para poder remediar con hol»gura tu precaria situacion, pagando al »mismo tiempo una deuda sagrada. Tu pa»dre hace veinte años me prestó los fondos »necesarios para establecerme. La suma »que recibí del hermano querido, ha pro»ducido hasta hoy un capital que es el mis»mo que te envió con el señor don Nazario »del Valle, comerciante de esta plaza y uno »de mis mejores amigos, que hace un viaje »por España. Los... dos millones... que... »te remito... ¡son tuyos, sobrino de mi co»razon!!»
ROMAN. ¡Dos millones!
LUC. ¿Es un sueño?
No! no! ¡Su firma está aquí!
BALD. (Ya lo comprendo, ay de mí!)
LUC. (¡¡Solo por ella!!)
NAZ. Mi empeño
crece al llegar á este punto.
Me es forzoso noticiarle...
LUC. ¿Qué?
NAZ. Que no puedo entregarle
su dinero; que el asunto
es por demas complicado.
BALD. (Dolor, ¡qué bien me penetras!)

NAZ. He presentado las letras
y no las han aceptado.
Un fracaso... ¡qué sé yo!
pero pagarme rehusa,
(Señalando á D. Baldomero.)
y como no tiene excusa,
protestaremos!

LUC. (Sentándose á escribir.) ¡No!

NAZ. ¿No?

BALD. (¡Qué vergüenza!)

ROMAN. (¡Es un caudal!)

NAZ. ¿Qué va á hacer?—Yo no concibo...

LUC. Ahí tiene usted su recibo:
¡las letras!

BALD. (¡Oh!)

ROMAN. (¡Qué animal!)

BALD. ¡Luciano! (¡En rubor me abraso!)

NAZ. Caballero, ¿usted se fía?...

LUC. Tiene inmensa garantía,
á pesar de ese fracaso.

NAZ. (Á Baldomero.)
Perdone usted: extranjero,
sin conocer... No le asombre...
(Este debe ser un hombre
de muchísimo dinero.)
(Á Luciano, dándole una tarjeta.)
Tendré el gusto de pasar
á visitarle otro dia.

BALD. (¡Cómo el alma se extasía
en el placer de llorar!)
(Luciano acompaña á Nazario hasta el fondo, le da una tarjeta y conversa con él en voz baja mientras Roman dice la siguiente redondilla.)

ROMAN. (Por Luciano.)
(¡Qué torpe! ya se me alcanza!
Y eso es muy lógico, pues!
Obtiene un buen interés
y la mano de Esperanza!)

ESCENA XIII.

LUCIANO, D. BALDOMERO y ROMAN.

BALD. ¡Me has salvado del abismo!
¡Yo te pagaré, Luciano!
LUC. ¿Pagarme á mí? ¡Empeño vano!
Yo sé pagarme á mí mismo!
(Rompe las letras.)
BALD. y ROMAN. ¡Oh!!
LUC. Recobre usted su calma
para luchar con la vida.
BALD. ¡Estaba el alma dormida
y ya despierta mi alma!
—Ven acá, ven á mis brazos,
generoso corazon,
y otórgame tu perdon!! (Se abrazan.)
ROMAN. (Llegaron á los abrazos.
Vamos, aquí sobra uno.)
Ni te entiendo, ni te admiro.
Señores, yo me retiro,
no quiero ser importuno.
Bien meditado este lance
ya es imposible entendernos,
y sólo debemos vernos
una vez: para el balance.
BALD. ¡Despues de aquesta leccion!...
ROMAN. Sí, sí, el rompimiento viene.
Es lógico... y me conviene.
¡Ya tengo más de un millon!

ESCENA XIV.

LUCIANO, D. BALDOMERO y poco despues ESPERANZA.

BALD. Casi bendigo al destino
que me obliga á padecer
para darme á conocer
el verdadero camino.
Grande ha sido mí tortura,
inmensos mis sinsabores,

mas ya asoman los albores
del sol de eterna ventura!
Corazon noble, elevado,
hoy mi proceder me humilla.
¡Que corra tu fe sencilla
un velo sobre el pasado!
Mas ¿por qué ese duro ceño
despues de tanto esplendor?
(Aparece Esperanza y se queda escuchando en segundo término.)

LUC. ¡Porque estoy viendo, señor,
la destruccion de mi sueño!
Esperanza es la bonanza
en mi recia tempestad,
y horrible fatalidad
hoy me aleja de Esperanza!
Yo que la amo con locura
de pasion nunca extinguida,
que no concibo la vida
sin el sol de su hermosura,
hoy—¡lo quiere el hado impío
con crueldad indecible!—
este amor es imposible!

ESP. (¿Qué es lo que dice, Dios mio?)

BALD. Ya te comprendo, Luciano.
Yo su mano te concedo,
y te suplico!...

LUC. No puedo,
señor, aceptar su mano.

ESP. (¿Es esto una pesadilla?)

LUC. Dirá el vulgo maldiciente
que mi interés solamente
me guió. ¡Fuera mancilla!

ESP. (¿Qué sucede entre los dos?)

BALD. Desprecia murmuraciones
y somete tus acciones
al alto juicio de Dios;
que Dios en su amor profundo
nuestra razon enaltece
y su grandeza aparece
cual ley suprema del mundo!
Si hay algun remordimiento,

yo habré de sentirlo, sí!
—Mas no! que se agita en mí
la llama del sentimiento!

ESP (Adelantándose.)
Padre, Luciano, ¿qué pasa?

LUC. (¡Ella!)

ESP. ¿Qué pasa?

BALD. ¡Hija mia,
por fin ha llegado el dia!

LUC. (¡El corazon se me abrasa!)

ESP. ¡Habla, yo te lo suplico!

LUC. (¡Mi amor! mi bien!)

ESP. ¿Qué ha pasado?

BALD. Que... estando casi arruinado
¡hoy más que nunca soy rico!

ESP. ¡Padre! (Alarmada.)

BALD. Cese tu sufrir.

ESP. ¡Con mil emociones lucho!

BALD. Aunque hemos perdido mucho
tenemos para vivir.
Y á más poseo un tesoro
grande, inmenso, inagotable,
y al mismo tiempo impalpable,
¡de más quilates que el oro!
Caudal que no tiene nombre,
que forman, del bien en pos,
una sonrisa de Dios
y una lágrima del hombre!

ESP. Ah! Bendito el soberano
poder que al mundo sujeta!

BALD. Para que sea completa
mi dicha pide tu mano...

ESP. ¿Luciano?

LUC. Señor! señor!...

BALD. ¿Persistes en tu locura?
¡Asesina su ventura!
(Esperanza mira expresivamente á Luciano, que la abraza con efusion.)
¿Lo ves? ¡Te falta el valor!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, un CRIADO, con un pliego.

CRIADO. Un pliego.
BALD. ¡Del ministerio!
LUC. ¿Del ministerio?
BALD. (Leyendo.) ¡El indulto!
ESP. ¿Qué indulto?
LUC. (Tomando el pliego.) ¡El poder oculto
de Dios es siempre un misterio!
Para un reo condenado
á muerte, solicité
perdon, y al fin alcancé
salvar á ese desgraciado!
Su vida estaba perdida
y aquí está su salvacion.
—¡Se fecunda nuestra union
con la sávia de la vida!
ESP. ¡Me subyuga tu grandeza!
LUC. ¡Me enloqueces con tu acento!
BALD. (Con acento solemne y abrazando á los dos.)
¡Es este dulce contento
LA MÁS PRECIADA RIQUEZA!
(Cuadro. Cae el telon.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.